

## M<sup>a</sup> Teresa Fernández de la Vega

### Bessie

Claro que molesta el olor. Y el calor que no deja respirar. Y el sueño. Claro que molesta tener que levantarse tan temprano. Pero algunos niños no saben que tienen todo el derecho del mundo a quejarse. Se lo han enseñado así y así lo han aceptado: si se tiene miedo, silencio; si se tiene calor o tristeza o cansancio, silencio; si se quiere soñar o si se quiere dejar de ser adulto a destiempo, silencio.

Voy a ponerle un nombre; es importante: parte de todo lo anterior procede de que nadie te nombre, de que no seas nadie. La voy a llamar Bessie y voy a contar que tardaba cerca de una hora en recorrer el camino que la llevaba desde su casa al basurero común, donde trabajaba desde los 3 ó 4 años. Ahora tendrá unos 9. Su horizonte, su rutina, el camino del sueño al sueño: el trayecto que la lleva, cada amanecer, hasta el vertedero; hay que levantarse pronto, cuanto más mejor, para llegar la primera o ser una de las primeras. Otros niños viven allí, en el vertedero. Ella tiene suerte: al fin y al cabo, hay una casa donde duerme, donde se queda rendida cada noche, donde están algunos miembros de su familia.

Bessie, al contrario que otros niños que trabajaban en el basurero, no jugaba nunca con las cosas que había en los montones: algunos niños la llaman miedosa, pero ella no dice nada porque no sabe, tampoco, contar de dónde vienen sus miedos. Lo que sí sabe es que no hay que llevarse a casa nada de lo que se encuentre en el vertedero. Pero ha sido inevitable: aquello era algo tan diferente, tan magnético, tan nuevo en las montañas de donde extrae su futuro...

*Una de cada cinco personas no puede leer este texto*

Bueno, sí, por qué no: era un libro. Ninguno de los niños que trabajan en el vertedero lo quiere para nada: ninguno sabe leer; nadie se lo cambiará por comida o por unas monedas. Es difícil jugar con un libro. Un libro no vale nada aquí. Pero a ella le gusta, le hace sonreír el dibujo de la portada: una niña que podría tener su edad, sin rasguños, con el rostro feliz, con un vestido blanco de bailarina, los brazos extendidos al cielo, las zapatillas rojas.

Y Bessie pasaba las páginas sin que le respondieran a sus preguntas: claro, ella no sabe leer. Nunca había podido ir al colegio: es pobre y, además, es mujer. Pero sentía una necesidad extraña de saber quién era aquella niña que intentaba aprender a bailar, que quería ser una bailarina.

Ese mismo día regresó a casa modificando la ruta, con otro cansancio muy distinto: el de saber que las cosas pueden cambiar. A lo mejor se había hecho adulta, de repente; o, al contrario, a lo mejor era, por primera vez en su vida, una niña y jugaba con lo imposible, como corresponde. Sabe que hay una escuela nocturna, que las profesoras no maltratan, que sonríen con la felicidad de la bailarina del libro. Se lo han contado aunque ella no ha hecho mucho caso a las habladorías. Sabe que se encontrará con la mirada recriminatoria de muchos, pero que las profesoras la ayudarán a que no le tenga miedo a esas miradas. Sabe, como si hubiera podido leerlo en el libro que no puede leer, que es ahora o nunca. No sabe de dónde salen estos nuevos saberes, pero les hace caso. Quizás sea ese libro extraño que parecen haber dejado para ella en el vertedero.

Pocos meses después y con lágrimas en los ojos, Bessie cerraba el libro tras conocer la historia de aquella bailarina con unas preciosas zapatillas rojas. Su primer libro. Claro que no sería el último. Se llevaba, como un río crecido por las lluvias, algunas pesadillas que no se repetirán jamás: que no vamos a dejar que se repitan jamás. Estate segura, querida Bessie.